



✠ **Lectura del santo evangelio según san Mateo (25,1-13):**

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: «Se parecerá el reino de los cielos a diez doncellas que tomaron sus lámparas y salieron a esperar al esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco eran sensatas. Las necias, al tomar las lámparas, se dejaron el aceite; en cambio, las sensatas se llevaron alcuza de aceite con las lámparas. El esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron. A medianoche se oyó una voz: "¡Que llega el esposo, salid a recibirlo!" Entonces se despertaron todas aquellas doncellas y se pusieron a preparar sus lámparas. Y las necias dijeron a las sensatas: "Dadnos un poco de vuestro aceite, que se nos apagan las lámparas." Pero las sensatas contestaron: "Por si acaso no hay bastante para vosotras y nosotras, mejor es que vayáis a la tienda y os lo compréis." Mientras iban a comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta. Más tarde llegaron también las otras doncellas, diciendo: "Señor, señor, ábrenos." Pero él respondió: "Os lo aseguro: no os conozco." Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora».

INTRODUCCIÓN

Seguimos meditando en la Vida Eterna

En estas últimas semanas del año litúrgico la Iglesia quiere fijar nuestra mirada en la venida de Cristo al final de los tiempos. En esta venida aparecerá como Rey y como Juez (evangelio de los dos próximos domingos); pero hoy se nos presenta como venida del Esposo. En este sentido nos dice Benedicto XVI:

“Las lecturas bíblicas de la liturgia de este domingo nos invitan a prolongar la reflexión sobre la vida eterna, iniciada con ocasión de la Conmemoración de todos los fieles difuntos. Sobre este punto es neta la diferencia entre quien cree y quien no cree, o – se podría igualmente decir – entre quien espera y quien no espera. San Pablo escribe a los Tesalonicenses: «No queremos que ignoréis la suerte de los difuntos para que no os aflijáis como los que no tienen esperanza» (1 Ts 4, 13) (...) Asimismo, san Pablo recuerda a los cristianos de Éfeso que, antes de acoger la Buena Nueva, estaban «sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Ef 2, 12). De hecho, la religión de los griegos, los cultos y los mitos paganos no podían iluminar el misterio de la muerte, hasta el punto de que una antigua inscripción decía: «In nihil ab nihilo quam cito recidimus», que significa: «¡Qué pronto volvemos a caer de la nada a la nada!».

Si quitamos a Dios, si quitamos a Cristo, **el mundo vuelve a caer en el vacío y en la oscuridad**. Y esto se puede constatar también en las expresiones del nihilismo contemporáneo, un nihilismo a menudo inconsciente que lamentablemente contagia a muchos jóvenes.

EXPLICACIÓN PREVIA

De la parábola de las 10 vírgenes

El Evangelio de hoy es una célebre parábola, que habla de diez muchachas invitadas a una fiesta de bodas, símbolo del reino de los cielos, de la vida eterna (cf. Mt 25, 1-13). Es una imagen feliz, con la que sin embargo Jesús enseña una verdad que nos hace reflexionar; de hecho, de aquellas diez muchachas, cinco entran en la fiesta, porque, a la llegada del esposo, tienen aceite para encender sus lámparas; mientras que las otras cinco se quedan fuera, porque, necias, no han llevado aceite. **¿Qué representa este «aceite», indispensable para ser admitidos al banquete nupcial?** San Agustín y otros autores antiguos leen en él un **símbolo**

del amor, que no se puede comprar, sino que se recibe como don, se conserva en lo más íntimo y se practica en las obras. Aprovechar la vida mortal para realizar obras de misericordia es verdadera sabiduría, porque, después de la muerte, eso ya no será posible. Cuando nos despierten para el juicio final, este se realizará según el amor practicado en la vida terrena (cf. Mt 25, 31-46). Y este amor es don de Cristo, derramado en nosotros por el Espíritu Santo. Quien cree en Dios-Amor lleva en sí una **esperanza invencible**, como una lámpara para atravesar la noche más allá de la muerte, y llegar a la gran fiesta de la vida.

A María, Sedes Sapientiae, pidamos que nos enseñe la verdadera sabiduría, la que se hizo carne en Jesús. Él es el camino que conduce de esta vida a Dios, al Eterno. Él nos ha dado a conocer el rostro del Padre, y así nos ha donado una esperanza llena de amor. Por esto, la Iglesia se dirige a la Madre del Señor con estas palabras: «Vita, dulcedo, et spes nostra». Aprendamos de Ella a vivir y morir en la esperanza que no defrauda” (6.XI.2011).

PUNTOS PARA LA MEDITACIÓN

Meditamos con este evangelio. Con esta parábola con la que Jesús quiere hablarte al corazón. El desea que estemos atentos a su venida, que tengamos el corazón preparado y encendido por el amor, de manera que nuestra ocupación fundamental en la vida sea Él, porque, como dice san Pablo, un día **“estaremos para siempre con el Señor”**. Esta meditación es para que nos ayude a **esperar el cielo**, para prepararnos a él y para soñar con llegar a él.

Para Jesús **la única necesidad de la vida es no amar**, no vivir pendiente de Él que es amor. Y la verdadera “prudencia”, la verdadera sabiduría, consiste en esperarle, anhelarle, amarle “con todo el corazón, con toda el alma, con toda mente”. Podemos meditar los siguientes puntos de este evangelio:

1. Esperar al Esposo

El Reino de los cielos –nos dice el Señor– se parece a diez doncellas que salieron a esperar al Esposo... Estas diez doncellas somos nosotros, todos los hombres y mujeres, las almas, los que peregrinamos irremisiblemente hacia la eternidad. No es un avanzar sin esperanza, como hacia un lugar desconocido y temeroso... Avanzamos sabiendo que vamos al encuentro con el Esposo del alma para una unión de amor que durará toda una eternidad feliz.



“Aquellas vírgenes simbolizan a las almas. En realidad no son solo cinco, pues simbolizan a muchas. Y además, ese número de cinco comprende tanto varones como mujeres, pues ambos sexos están representados por una mujer, es decir, por la Iglesia. A ambos sexos, esto es, a la Iglesia, se la llama Virgen (2 Cor 11,2). Y si pocos poseen la virginidad de la carne, todos deben poseer la virginidad del corazón...” (San Agustín)

El título de Esposo se aplica a Dios-Padre en el Antiguo Testamento, Jesús lo hace propio. Es un título que habla de manera clara de una relación íntima, de profundo amor con él. Cada alma y la Iglesia entera estamos llamados a ser la esposa del Señor

Según esta parábola cada bautizado está esperando a Cristo Esposo con un **gran deseo** que brota del amor. Por tanto, es una **espera amorosa, ardiente**.

-¡Señor, que te ame con todo el corazón! Dame Tú la gracia que necesito para pasar por la vida colgado de tu voluntad, porque el amor a ti consiste en eso, en hacer siempre y en todo tu santísima voluntad. Quiero pasar mi vida, como Tú haciendo el bien e intentando ser una transparencia de tu amor y de tu bondad.

2. La necias no tenían aceite

Lo único que nos separa de Jesús es el pecado. Por eso nos pide y nos exhorta para que vivamos vigilantes, como el que espera que se abra una puerta para contemplar el rostro esperado y amado.

¡Qué importante se hace entonces vigilar! Ser vigilantes para que ni el demonio ni el mundo nos engañen. Vigilar para que el pecado no haga mella en nosotros.

Con la ayuda de Dios y de su Madre santísima podemos vencer siempre de las tentaciones y asechanzas del enemigo. Tenemos muchas ayudas para ello, tenemos las “armas de la luz”: la oración, los sacramentos, el ángel de la guarda, la penitencia, los santos, la Santísima Virgen...

“Por eso nuestra espera nos es la del que está con los brazos cruzados: el que espera de verdad prepara la lámpara, sale al encuentro... Precisamente, la parábola pone el acento en esta atención vigilante a Cristo que viene, para estar preparado, con **vestido de bodas** (Mt 22,11-14). Lejos de temer esta venida, el cristiano la desea, como la esposa desea la vuelta del marido que marchó de viaje. El cristiano no se entristece por la muerte «como los hombres sin esperanza» (1 Tes 4,13). La muerte es sólo un «dormir» y el cristiano tiene la certeza de que será despertado y experimentará la dicha de «estar siempre con el Señor» (1 Tes 4,17). Por eso, en lugar de vivir de espaldas a la muerte, el verdadero creyente vive «aguardando la vuelta de Jesús desde el cielo» (1Tes 1,10)” (Julio Alonso Ampuero)

Todo esto es lo que no hace la virgen necia y sí lo hace la virgen sensata.

«¿Y quiénes son las vírgenes necias? También ellas son cinco. Son las almas que conservan la continencia de la carne, evitando toda corrupción, procedente de los sentidos... Evitan ciertamente la corrupción, venga de donde venga, pero no presentan el bien que hacen a los ojos de Dios en la propia conciencia, sino que intentan agradar con él a los hombres, siguiendo el parecer ajeno... Evidentemente no llevan el aceite consigo... Las necias encienden ciertamente sus lámparas; parece que lucen sus obras, pero decaen en su llama y se apagan, porque no se alimentan del aceite

interior... Faltarán las obras a las vírgenes necias, por no tener el aceite de la buena conciencia» (San Agustín).

3. ¡Que llega el Esposo, salid a recibirlo!

¡Estaremos siempre con Él!, dice admirado san Pablo. Podemos imaginarnos el encuentro con Dios. ¡Cómo será aquel momento, cuando veamos cara a cara al Señor...! “¡Lo veremos, lo veremos...!”, decían los santos admirados y anhelantes.

La conciencia de la Iglesia en su liturgia es maravillosamente esperanzadora:

“Porque la vida de tus fieles, Señor, no termina, se transforma. Al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo... En Cristo, Señor nuestro, brilla para nosotros esperanza de feliz resurrección, y así, aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad” (Prefacio misa de difuntos).

“Cuando te vea por primera vez cara a cara, Dios mío, ¿qué te sabré decir? Callado esconderé mi frente en tu regazo... y lloraré, como cuando era niño. Tus ojos mirarán todas mis llagas. Te contaré toda mi vida... ¡aunque ya la conoces! Y Tú, para dormirme, lentamente, me contarás un cuento que comienza: “Érase una vez un hombrecillo de la tierra y un Dios que le quería con locura...” (S. José María Escribá)

4. Os lo aseguro, no os conozco

Es necesario el Santo temor de Dios en esta vida. No seamos hipócritas ni siquiera ingenuamente. No abusemos tampoco de la misericordia de Dios. Permanezcamos ciertamente vigilantes, esperando el retorno del Señor, pero con las lámparas encendidas, alimentadas con el aceite de nuestras buenas obras. La eternidad nos la jugamos a diario en este tiempo que Dios nos concede para colaborar con su gracia divina realizando bajo su influjo obras buenas y salvíficas.

Qué pena sería oír estas palabras del Señor al final de nuestra vida: “os lo aseguro, no os conozco...”

El santo Cura de Ars lloraba cuando predicaba a sus feligreses la posibilidad de condenarse, reflexionando sobre aquellas terribles palabras de Cristo: “Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno...”. “Apartaos de Mí... repetía llorando el Santo Cura, repudiados de un Dios que nos quiere tanto... ¡Qué terrible!

➤ *“Consuelo de morir habiendo hecho su voluntad” (Santa Teresa del Niño Jesús):*

“Señor, tu sabes que yo no tengo más tesoros que las almas que tú has querido unir a la mía. Estos tesoros tú me los has confiado. Por eso, me atrevo a hacer mías las palabras que tú dirigiste al Padre celestial la última noche que te vio, peregrino y mortal, en nuestra tierra. Jesús, Amado mío, yo no sé cuándo acabará mi destierro... Más de una noche me verá todavía cantar en el destierro tus misericordias. Pero, finalmente, también para mí llegará la última noche, y entonces quisiera poder decirte, Dios mío: “Yo te he glorificado en la tierra, he coronado la obra que me encomendaste. He dado a conocer tu nombre a los que me diste. Tuyos eran y tú me los diste. Ahora han conocido que todo lo que me diste procede de ti, porque yo les he comunicado las palabras que tú me diste, y ellos las han recibido y han creído que tú me has enviado. Te ruego por éstos que tú me diste y que son tuyos”. (MC XI, p 322)